

Boletín de la  
**INSTITUCIÓN LIBRE**  
de  
**ENSEÑANZA**

DIRECTOR  
José-Carlos Mainer

CONSEJO DE REDACCIÓN  
Gonzalo Anes • Elías Díaz • José García-Velasco  
Salvador Giner • Antonio Gómez Mendoza • Diego Gracia  
Francisco Javier Laporta • Emilio Lledó  
José Antonio Martínez Soler • Francisco Michavila  
Javier Muguerza • Elvira Ontañón  
Teresa Rodríguez de Lecea • Francisco Ros  
Nicolás Sánchez Albornoz • José Manuel Sánchez Ron  
Vicente Alberto Serrano • Virgilio Zapatero

SECRETARIO DE REDACCIÓN  
Carlos Wert

El Boletín de la Institución Libre de Enseñanza es el órgano difusor de la Fundación Francisco Giner de los Ríos y no asume, necesariamente, los criterios expuestos en los artículos firmados por sus respectivos autores; de esta forma sigue la pauta del Boletín que lo precedió y del espíritu que desde su fundación siempre defendió la Institución Libre de Enseñanza (art. 15 de los Estatutos).

## SUMARIO N.º 91-92

### Información:

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS  
INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA  
Paseo del General Martínez Campos, 14  
28010 Madrid  
Teléfono: 91 446 01 97. Fax: 91 446 80 68  
<bile@fundacionginer.org> <www.fundacionginer.org>

### Edita:

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS  
[INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA]

Diseño y maquetación:  
Vicente A. Serrano

### Viñeta de portada:

Átomo de radio según Bohr (de un artículo de Blas Cabrera en la revista *Residencia*, 1926, núm. 2)



ADVANTIA Comunicación Gráfica, S. A. - C/ Formación, 16  
Pol. Ind. Los Olivos - Ampliación - 28906 Getafe (MADRID)  
Depósito legal: M. 14.917-1987  
ISSN: 0214-1302

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

### 75 AÑOS DE LA CASA DE ESPAÑA EN MÉXICO

*La fundación de La Casa de España en México. Un eslabón entre México y la Segunda República española: 1931-1940*  
por Clara E. Lida 9

*La Casa de España, el Fondo de Cultura Económica y la profesionalización de la economía*  
por Javier Garciadiego 19

*José Moreno Villa. Un caso excepcional dentro de La Casa de España en México*  
por Juan Pérez de Ayala 31

*Méjico: el mejor refugio de la emigración. Los científicos y La Casa de España*  
por José María López Sánchez 41

\*\*\*

*Niels Bohr y la revolución cuántica*  
por José Manuel Sánchez Ron 51

*Creación y propiedad*  
por Emilio Gutiérrez Caba 77

*Otro Don Quijote: idas y venidas entre Alonso Fernández de Avellaneda y Miguel de Cervantes*  
por Luis Gómez Canseco 89

*El regeneracionismo institucionista de Miguel de Unamuno en tres revistas del modernismo. La correspondencia inédita con Gregorio Martínez Sierra (1901-1907)*  
por Inmaculada Rodríguez-Moranta 99

*Las conferencias como método pedagógico. Las mujeres conferenciantes en la Unión Ibero-Americana y el Centro Ibero-Americanano de Cultura Popular Femenina*  
por Ángeles Ezama Gil 125

abrir otros interrogantes y, sobre todo, para conocer que salir a un escenario, en determinados casos, no es fichar en el reloj de una oficina, sino descubrirse a los demás y tratar de entablar con ellos una comunicación que nos enriquezca intelectualmente a ambas partes y nos haga aumentar nuestro grado de conocimiento y experimentar una distinta percepción del mundo que nos rodea.

**Emilio Gutiérrez Caba\***

## Otro *Don Quijote*: idas y venidas entre Alonso Fernández de Avellaneda y Miguel de Cervantes

**Luis Gómez Canseco**

**Resumen:** Si Alonso Fernández de Avellaneda se apropió del *Quijote* cervantino para construir un discurso literario e ideológico contrario al de Cervantes, éste, por su parte, utilizó el libro apócrifo para llevar a cabo una profunda revolución en su propia narración y, como consecuencia, en la historia de la literatura.

**Palabras clave:** Alonso Fernández de Avellaneda, Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*.

**Abstract:** If Alonso Fernández de Avellaneda drew on Cervantes's *Quixote* to develop a literary and ideological discourse contrary to that of Cervantes, it is no less true that Cervantes used the apocryphal *Quixote* to carry out a profound revolution in his own narrative. The latter process had decisive consequences for the history of literature.

**Key words:** Alonso Fernández de Avellaneda, Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*.

Es fácil imaginar cuál no sería el berrinche de Miguel de Cervantes cuando le pusieron entre las manos el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas*. Tenía ya sesenta y siete años, le quedaban poco menos de dos años de vida y debía de tener su propia segunda parte más que medio pergeñada, cuando, de pronto, un quídam envuelto en un capote venía a robarle la paternidad de su *Don Quijote*. Y los dineros, que no era poca cosa. El libro, para empezar, parecía una sarta de mentiras, pues no sólo se ocultaba arteramente el nombre del autor, sino se decía impreso en Tarragona por Felipe Roberto, a pesar de que más de un indicio apunta a Barcelona. De hecho, Cervantes llevó a su protagonista a aquella ciudad, y allí lo puso ante una puerta donde podía leerse, en letras muy grandes: «Aquí se imprimen libros». Es el capítulo LXVII de la segunda parte, y resulta que, entre otros más, allí se están tirando ejemplares del falso *Don Quijote*, y es que parece que Cervantes andaba convencido de la connivencia del impresor Sebastián de Cormellas, amigo de los impresores tarragonenses Roberto, que pudieron permitirle usar de su sello.

Tras los atisbos de esa trama editorial y de la desastrada impresión del libro, se intuye un Avellaneda que pretendió ocultar los orígenes de la obra, quiso arrojarla como dardo envenenado contra el manco y que fingió hacer una continuación sin más. Y algo había de cierto, pues hoy sabemos que más de uno, dos, tres y hasta trescientos

\* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

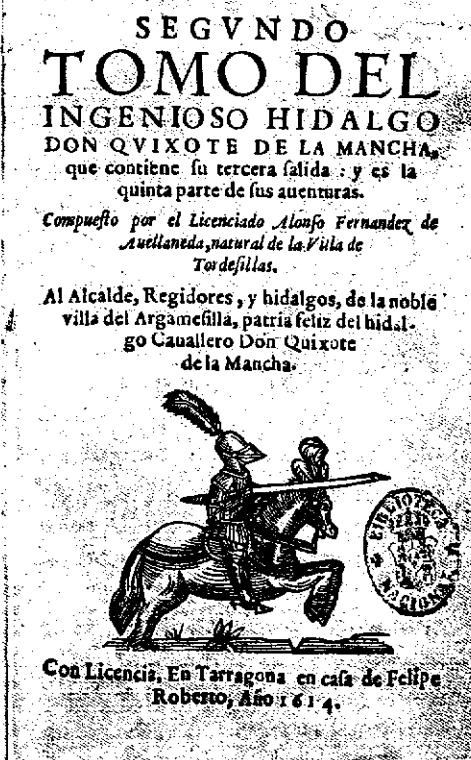
libros del Siglo de Oro están escritos a base de copias, entretejidos y fusilamientos de materiales pensados y escritos por otro. Casi nadie sintió el más mínimo pudor a la hora de cortar y pegar en beneficio propio. Ahí estaban las continuaciones de *La Celestina*, del *Lazarillo*, *La Diana* o del *Guzmán de Alfarache*, adonde muy retorcidamente apuntaba el propio Avellaneda, curándose en salud:

Sólo digo que nadie se espante de que salga de diferente autor esta segunda parte, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos. ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las *Arcadias*, diferentes las han escrito; la *Diana* no es toda de una mano.

Pero sabía de sobra que mentía, porque se apropió del *Quijote* para hacer una fina operación ideológica y literaria, convirtiendo el libro en algo muy distinto a lo ideado por Cervantes. Aun así, puede asegurarse que Avellaneda leyó con pasión verdadera el libro que estaba desvalijando y supo diferenciar entre su gusto de lector y el odio personal que sintió por su autor, al que no tuvo inconveniente en motejar de envidioso y de manco, de bravúcon, murmurador, viejo y pobre, de estar tan falso de amigos que no había encontrado quien le escribiera un soneto laudatorio para su historia.

Si Cervantes llegó a saber quién se parapetaba detrás de tanto insulto, lo cierto es que no quiso —vaya usted a saber por qué— dejar noticia de ello, por más que apuntara sucesivamente a la condición aragonesa, tordesillesca o tarraconense del libro y del autor. Y desde entonces, por más que los sabuesos han insistido en olisquear las pistas, seguimos en veremos a la espera de una confesión firmada en la que se reconozca el crimen. Pero, a decir verdad, no tanto, pues la novela misma nos ofrece un perfil, un retrato robot, razonablemente ajustado del tal Avellaneda. Para empezar, está su condición de imitador fiel, adulador y cobista de Lope de Vega y su literatura. Por otro lado, se puede afirmar sin margen de error que fue un hombre de letras y más que aficionado a la farándula, pues por todas partes del libro aparece el teatro y muchos de sus materiales proceden de comedias de esos años. Leyó además mucha literatura contemporánea: entre otras cosas, la *Galatea*, el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, la *Diana* de Montemayor y sus continuaciones, muchas de las comedias, prosas y poemas de Lope de Vega, las *Gueras civiles de Granada*, *La pícara Justina*, *El Buscón* de Quevedo, las obras de Ariosto y Boiardio y las *novelle* de Bandello. Además, la composición de las dos novelitas intercaladas en los capítulos XV-XX, sin duda anterior a la del resto de la novela, apunta hacia un profesional de la literatura, que, como hicieran Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache* o Cervantes en la primera parte, reutiliza materiales ya escritos.

En lo que corresponde a su ideario, no nos deja margen a la duda: fue un hombre —quiso, al menos, que así lo pensaran sus lectores— piadoso, devoto del rosario y aficionado a los dominicos. Muchos de los pasajes de su novela tienen un evidente



Portadas de las primeras ediciones de *El Quijote* de Avellaneda (1614) y de la segunda parte de *El Quijote* de Cervantes (1615).



Ilustraciones para *El Quijote* de Cervantes, Madrid, Imprenta Nacional, 1862.

propósito didáctico cercano a las disposiciones del Concilio de Trento y que contrasta con las claras con la dudosa ejemplaridad de las *Novelas ejemplares*, esas que en su prólogo el apócrifo había tildado de «más satíricas que ejemplares». Tuvo además una razonable instrucción teológica y parece interesado en una polémica que enzarzó a los dominicos y los jesuitas españoles entre 1588 y 1607: la controversia *de auxiliis*, en torno a la eficacia de la gracia y la concordia entre libre albedrío y omnisciencia divina. Por cierto que se decantó sin titubeos por la doctrina dominica. Respecto al orden político y social, el autor tampoco tiene dudas: se identifica por completo con el poder dominante y asume un papel de subordinado áulico y laudatorio. Siempre encuentra ocasión para ensalzar las virtudes del monarca, de la dinastía, de las principales familias aristocráticas, como las casas de Alba o Sandoval, y de la nobleza en general como estamento. Nobles fueron sus principales personajes y la novela en sí adoptó la perspectiva de la clase señorial.

Dedúzcase de todo ello que Avellaneda y Cervantes ocupaban polos opuestos de su mundo, por no decir que habitaban en dos mundos casi incomunicados. Por ello no es de extrañar que el *Quijote* avellanedesco saliera al monte a batir las corrosivas ironías cervantinas, sus ambigüedades y su visión más bien crítica del orden social. De hecho, el libro de Avellaneda es un ejemplo excepcional de cómo se leyó el *Quijote* en su contemporaneidad. Al autor encubierto le molestaron mucho las críticas, las burlas sutiles, las glosas dejadas al paso y las ironías de la novela cervantina. Donde encontró mayor gusto fue, sin embargo, en la sal gorda, en las quijotadas, los golpes y las calabazadas: Avellaneda se atuvo al don Quijote loco y al Sancho simple de los primeros capítulos. Aquí don Quijote se convierte en un loco desenamorado, descreído y soberbio en el que sólo cabe la infalibilidad de la locura. La transformación del escudero resulta similar: Sancho deviene en un villano zafio, glotón y codicioso, en el que no se encuentra atisbo del amor, la lealtad y el respeto que el Sancho bueno sentía por su amo. No es mucho que el Sancho verdadero se revuelva en la segunda parte y diga: «[...] el Sancho y el Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado, y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho» (II, 59).

Como loco, este don Quijote está incapacitado para el amor. Por eso Dulcinea desaparece del paisaje narrativo de 1614. El espacio femenino lo ocupó una vieja prostituta llamada Bárbara, a la que don Quijote toma por la reina Zenobia y que, bajo ese equívoco, lo acompaña durante el resto de la novela. Con el don Quijote apócrifo se cruza, además, una compañía de comediantes, que representan *El testimonio vengado* de Lope de Vega y cuyo autor, haciéndose pasar por un encantador moro, exige a Sancho que se convierta al islamismo, si no quiere servirle de cena. Y aunque el villano se muestra dispuesto, muestra alguna reticencia cuando llega el momento de una cómica circuncisión en su parte más querida:

—Pues es menester —dijo el autor— que con un cuchillo muy agudo os cortemos un poco del pluscuamperfeto.

Respondió Sancho:

—¿Qué pluscuam, señor, es ese que dice? Que yo no entiendo esas algarabías.

—Digo —replicó el autor— que para que seáis buen turco es menester primero, con un cuchillo bien afilado, retajarlos.

—¡Ah, señor! Por las tenazas de Nicomemos —dijo Sancho—, que vuesa merced no me corte nada de ahí, porque lo tiene tan bien contado y medido mi mujer Mari Gutiérrez, que por momentos lo reconoce y pide cuenta dello, y por poco que le faltase lo echaría luego menos; y sería tocarle en las niñas de los ojos, y me diría que soy un perdulario y desperdiciador de los bienes de naturaleza. Y si a vuesa merced le parece, eso que me ha de cortar no sea de ahí, porque, como digo, bien echa de ver que es menester todo en casa, y algunas veces aún falta, sino córtemelo desta caperuza que, aunque es verdad que hará falta en ella, todavía mejor se podrá remediar que esotro.

Pero quienes de verdad pueblan las páginas del *Quijote* apócrifo y se convierten en los verdaderos protagonistas de la obra son los nobles. Ellos ejercen como motor del solaz y la risa, y acompañan al nuevo don Quijote en su viaje desde el Argamesilla hasta el manicomio de Toledo. Y es así, rodeados de nobles, como amo y escudero terminan por convertirse en un loco de corte y un bufón, con los rasgos característicos que éstos tenían en la corte de los Austrias. Sólo los nobles sabrían disfrutar de este regalo en los exactos términos que el decoro exigía, a medio camino entre el solaz y la mesura. Esa postura intermedia, la del *homo facetus*, se conoció en la época como «eutrapelia», que Covarrubias definió en su *Tesoro* como «un entretenimiento de burlas graciosas y sin juicio».

Estas gracias a Cervantes no debieron de parecerse tanto, aunque el libro enemigo le dio —eso sí— ocasión extensa para la repuesta. Ya decir verdad, no fue manco a la hora de hacerlo. Para vengarse, Cervantes se las dio de buen cristiano y de hombre caritativo en su prólogo de 1615, anunciando que no se iba a vengar. Aun así, dispuso la dedicatoria, el prólogo, el colofón y buena parte de su segunda parte como una cohorte de hoplitas armada contra el estafador Avellaneda. Pero más que responder a los insultos recibidos, quiso reafirmar su exclusiva paternidad sobre el libro y desavellanizar el *Quijote* que el apócrifo había avellanizado. Desde ese prólogo hay que esperar hasta el capítulo 59 para encontrar la primera mención expresa de la existencia del apócrifo. En este capítulo, Cervantes trae a los personajes de don Jerónimo y don Juan como lectores de Avellaneda, que comparten venta con don Quijote. Por medio de ellos sabemos que el nuevo caballero, el avellanedesco, se presenta ahora sin amores:

—Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

—Con todo eso —dijo el don Juan—, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en este más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Don Quijote interviene entonces en una de las escenas más intensas y emocionantes del libro:

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:

—Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

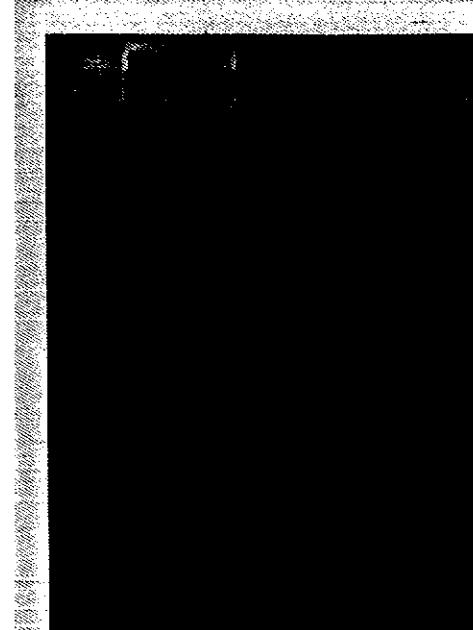
—¿Quién es el que nos responde? —respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser —respondió Sancho— sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere?; que al buen pagador no le duelen prendas (II, 59).

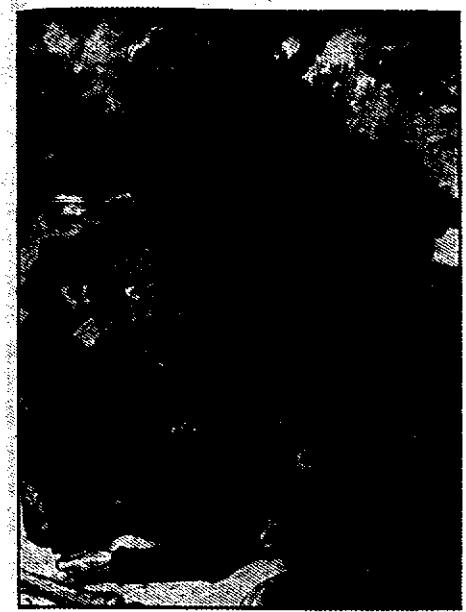
De repente, el protagonista de una obra de ficción irrumpie en las vidas de dos de sus lectores, como un Ignatius Reilly que llamaría a nuestra puerta para quejarse de John Kennedy Toole. La causa de esa pируeta acaso haya que buscarla en el profundo desagrado con que Cervantes contempló la desaparición de Dulcinea en el apócrifo; pero, al tiempo, el juego inició una reinvencción de la ficción que no ha dejado títere con cabeza en toda la narrativa posterior.

A partir del capítulo 59, Avellaneda se convierte en eje de la trama y, para empezar, el héroe renuncia a su anunciado destino aragonés y marca su camino hacia Barcelona. Pretendía así evitar al falsario, pero, como hemos visto, se lo topa en forma primera de libro impreso. Poco después la semidoncella Altisidora asegura haber visto a unos demonios jugando a la pelota con la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha* a las puertas del infierno y haber escuchado confesar a uno de ellos que el libro era «tan malo, que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara». La respuesta que don Quijote da a la tal noticia no deja de tener su aquel:

Visión debió ser, sin duda, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie. [...] no soy aquél de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera,



Y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó a amenazar a los molineros...



Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea...



...en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo...



...y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:  
—Vencido sois, caballero...

tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino (II, 70).

Una buena parte de la crítica cervantina ha considerado que esas intervenciones, consecuencia de la aparición de Avellaneda, se limitaron a los episodios incluidos entre los capítulos LIX y LXXIV, los únicos en los que se menciona expresamente al adversario. Pero creo que las cirugías cervantinas también alcanzaron a los capítulos anteriores. Si bien se mira, buena parte de los ataques contra los malos escritores que se deslizan en los capítulos III y IV sólo pueden entenderse en el contexto provocado por Avellaneda. En el capítulo XI, los héroes se encuentran con una carreta de recitantes de la compañía de Angulo el Malo, que remite a la otra compañía de comediantes con que topa el don Quijote avellanedesco. A la vuelta de una hoja, el verdadero don Quijote cruza sus caminos con los del Caballero de los Espejos, que asegura haber vencido a un otro don Quijote. Desde ahí es ya posible la existencia de otro yo. Hasta el mismo nombre de «Caballero de los Espejos», si bien se mira, apunta hacia el blanco de esa duplicidad.

Pero acaso el ejemplo más sofisticado de esa reelaboración cervantina sea la apropiación del personaje de don Álvaro Tarfe, con la que Cervantes diluye definitivamente las fronteras entre la realidad y la ficción. Miremos hacia atrás. Desde la aparición del Caballero del Bosque en el capítulo XIV había quedado abierta la posible existencia de un doble al que éste aseguraba haber vencido. La sospecha se confirma en una de esas ventas cervantinas en las que todo es posible. Por allí aparece un caballero al que los protagonistas oyen llamar como don Álvaro Tarfe. Y apunta don Quijote: «Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe». Este caballero morisco, don Alvaro Tarfe, viaja desde las páginas apócrifas para cruzarse en el camino de los héroes y confirmar que, en efecto, otro don Quijote anda por La Mancha. Su testimonio resulta irrefutable, pues se trata del único personaje que ha conocido a los dos originales y que los puede comparar. La presencia de don Álvaro en la segunda parte cervantina ahonda en el perspectivismo de la obra, aunque, para tranquilidad del hidalgo, certifica en un documento legal firmado ante escribano que él, y no el otro, es el único y verdadero don Quijote:

Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: Segunda parte de don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas.

Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse, [...]

Y añade a esto el narrador:

[...] con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras (II, 72).

Desde ese momento el lector cae en la cuenta de que el asunto de Avellaneda era más que un simple libro que había usurpado el territorio del original. En realidad, se trataba —nos viene a decir Cervantes— de unos individuos reales que se hacían pasar por los verdaderos don Quijote y Sancho y que habían encontrado su historiador particular en Avellaneda. La conclusión es que la segunda parte de Alonso Fernández de Avellaneda no podía ser verdadera ni verosímil, porque el autor había confundido a los héroes cervantinos con dos individuos que fingían ser ellos en la misma geografía y al mismo tiempo.

Tras la derrota sufrida en las playas de Barcelona y tras este encuentro con las ilusiones de la imaginación, a don Quijote no le queda otra salida que la muerte. Cervantes saca de escena a don Álvaro Tarfe con una bifurcación a todas luces simbólica: «Llegó la tarde, partiérone de aquel lugar, a obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba a la aldea de don Quijote, y el otro el que había de llevar don Álvaro» (II, 72). Esos dos caminos marcan dos destinos literarios bien distintos. La irrupción del caballero don Álvaro Tarfe desde las páginas de otro libro de ficción, pero tan real como el Quijote, le conduce hacia una vida literaria insospechada. A don Quijote le espera la muerte en el siguiente recodo del sendero. A saber si Cervantes se vio en la obligación de matar a su héroe para quitárselo de las manos al avieso Avellaneda. En las últimas páginas del libro, se certifica la defunción de don Quijote «para quitar la ocasión —dice el narrador— de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas» (II, 74). Cide Hamete, aquí alter ego cervantino, se erige así en garante de la obra frente a Avellaneda y la muerte del héroe se convierte en castigo para el escritor anónimo y enemigo.

Luis Gómez Canseco\*

\* Dirección para correspondencia: canseco@dfesp.uhu.es